



BIBLIOTECA NACIONAL  
SANTIAGO  
CHILE

30 (10/7)

PUMA  
Y LAPIZ

# PIYMALAPIZ

«SEMANARIO DE ARTE»

ADMINISTRADOR  
Arturo D'Alencon

DIRECTOR  
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO  
Cristóbal Fernandez

PRIMER REDACTOR  
Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443  
□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,  
□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 9 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 4

## Literatura

Es muy corriente considerar las Bellas Letras como uno de los pasatiempos fútiles, bueno para entretención de niños, damas románticas y semi-locos...

Nada importaría que esta creencia fuese común al vulgo únicamente—los pueblos jóvenes poseen su literatura tal como aquel personaje que hablaba prosa sin saberlo;—pero lo grave es que las clases cultas, los hombres de Gobierno, participan también de esta errónea convicción.

La verdad es que la literatura es uno de los ramos más importantes de la vida nacional. Su papel se encuentra al lado de la Instrucción Pública, de la cual es manifestación y complemento.

Una literatura bien encaminada, con bases sólidas de observación y de estudio, con ideales propios y con medios de difusión dentro y fuera del país, es una institución, — permítasenos la palabreja — tan importante como la Universidad del Estado.

¿No son los hombres de letras los que desde la prensa, el libro ó la tribuna, diluyen sus pensamientos en la gran masa del pueblo?

¿No fueron los escritores franceses quienes prepararon ese trascendental movimiento que se llamó la Revolución?

¿No se debe en gran parte á la influen-

cia de los libros ese otro trastorno más cercano que es nuestra propia Independencia?

Sin embargo, estas verdades que por lo gruesas, merecen anotarse en el catálogo de Pero Grullo, no son consideradas por los hombres de Gobierno con la detención que merecen.

La literatura nacional no despierta ningún interés á los poderes Públicos.

Como una gran cosa se dedica una suma anual de ocho mil pesos para premios de un concurso literario, y ya se oyen voces de que se piensa suprimir esa partida en el presupuesto venidero.

Mientras la pintura y la escultura poseen un Palacio y los artistas reciben pensiones para completar sus estudios en Europa — muy mercedamente, por lo demás—á los escritores se les escatima unos pocos pesos que sirve de recompensa á una labor desinteresada y pertinaz.

No pretendemos decir que se convierta la literatura en un ramo oficial, talvez ello sería contraproducente, pero al menos creemos que merece una vigilancia, una atención y también una protección constante de parte de los dirigentes, tal como se practica en naciones más avanzadas, apesar de que allí la literatura, vigorosa de por sí, no necesita mayor apoyo para imponerse.

# Al margen de los libros

## RECORDANDO A HEINRICH VON KLEIST

Ein von der Natur schoen  
intentionirte Koerper.

GOETHE.

EL 21 de Noviembre de 1911 celebró Alemania el primer centenario de la muerte de Henrich de Kleist.

Nada tan trágicamente romántico como la vida de este escritor que fué tocado desde su cuna por el hada de la adversidad. Se pensará que en él se encarnó el mal de Werther y el de René; el mal del siglo que Goethe supo desafiar y vencer. Enrique de Kleist fué un enfermo de cerebralismo morboso y de hastío incurable. Max Nordau le clasificaría entre los anormales de la literatura. Hacia él convergen las corrientes pesimistas de su época y parecen cristalizarse en el milagro de una imaginación que es como un diamante negro, trágico y obsesor, en el que se reflejan todos los caprichos y las exselsitudes todas. Su alma triste vivió siempre huérfana de caricias, perdida en un oceano de reflexiones, cada vez más hondas y angustiosas. Seditio de sabiduría, estudió metafísica y leyó á los filósofos clásicos; la crítica demoledora de Kant fué destilando en su espíritu una melancolía racionalista cada vez más acentuada. Al amparo de tal orientación su juventud perdió el poco calor primaveral que le quedaba y se hizo reconcentrada y hurafia. De entonces data la acentuación característica de su temperamento vigoroso, egoista y desconfiado. Antes de tiempo aprendió á odiar la vida: su mocedad no fué más que la prolongación amarga de una adolescencia esquiva. Un aislamiento prematuro del pequeñuelo que ignoró los goces del hogar tibio, animado por el solo consuelo de los libros y por las ilusiones de los quince años, modelaron su espíritu en los moldes de hierro de la desconfianza y de la incertidumbre. Ya mozo hubo de ingresar al ejército, más por necesidad que por

inclinaciones naturales, en cuyo ambiente la flor bizarra de su espíritu se abrió á la conciencia de la vida con supremos gestos de rebelión. En el militarismo odió la tiranía de la fuerza, la esclavitud del deber bárbaro... «en las paradas de mi regimiento—escribe—no puedo ver más que un símbolo viviente de la tiranía». Cumplido el plazo de su primer contrato, obtuvo permiso para trasladarse á su ciudad natal, Francfort sobre el Oder, á continuar sus estudios en la Universidad. Fueron seguramente aquellas las horas más tranquilas de su vida. Un día el ave cansada de su espíritu enfermo, creyó encontrar el reposo ideal para su juventud precozmente amargada, bajo el alero que le brindara la dulce Guillermina de Zenge. Kleist se enamora perdidamente de la joven. Hasta un año trascurre entre amores instantes de coloquio sentimental. Durante la primera ausencia sueña con plácidos sueños de burgués en la amada lejana: «Horas enteras—la dice en sus cartas—permanezco en la ventana, penetro en diez iglesias, recorro la ciudad y no veo nada, no veo más que una imagen, tú! y á tus piés dos pequeñuelos y un tercero junto á tu seno». Luego el escepticismo comienza á ocupar de nuevo su espíritu y las constantes lecturas de Kant despiertan su afán metafísico por las buscas más abstractas. Guillermina, entre tanto, cultiva su cariño con piedad sentimental; es una muchacha ingenua, que ignora las arideces del estudio y que, acaso preferiría un beso fresco ó una frase ardiente, á una reflexión sobre la finalidad del conocimiento. Más, poco comprensivo Enrique de Kleist, pretende modelar el espíritu de la niña á imagen y semejanza del suyo; y, en vez de requerirla de amores en sus cartas, le escribe: «No podemos saber si lo que nombramos



Grupo de amigos que fueron á recibir al doctor Ferrerá su llegada del norte después de cumplida su misión de patriota y de médico.

verdad es verdaderamente la verdad, ó es solamente una apariencia». He aquí al kantiano convencido que no olvida la filosofía del maestro. Desgraciadamente llega un día en que el poeta regresa junto á ella y pretende inducir la á huir con él; Guillermina se resiste; Kleist se indigna y se aleja para siempre.

Después de este primer desengaño Enrique de Kleist se decide á escribir de lleno. Parece que la brújula de su espíritu ha encontrado definitivamente su Norte. Del convencimiento de que sus aptitudes para la especulación filosófica son nulas, despierta en él el imaginativo atormentado por el cerebralismo. Su cultura es sólida y universal. Ha viajado bastante: visita en varias ocasiones París con cartas de presentación para los sabios y los escritores más distinguidos. Su intento es dar á conocer á Kant y erijirse en el apóstol del kantianismo; más, tales proyectos no fructifican. La curiosidad de los parisienses no se siente atraída por los vuelos atrevidos de la metafísica del filósofo de Koenigsberg. Estos fracasos sentimentales atormentan su espíritu: su ánimo se agría más y más. En dos ó tres ocasiones pretende suicidarse; los prudentes consejos del señor de Pful le convencen y le reconfortan. Su enfermedad cerebral no encuentra distracciones ni remedios; la lucha de sus ideales contra las necesidades indispensables de la vida le atormenta. ¡Ariel en pugna con Calibán, en riña eterna! París se le antoja una pocilga donde se fraguan las pasiones más bajas. Evoca el estado de Alemania; la sumisión de los coterráneos ante el yugo napoleónico, y arde en ira.

Vuelto á Alemania continúa en sus labores de escritor: compone dramas, estudios y novelas cortas. Conoce á Wieland en Osmannstadt, en cuya casa vive dos meses entusiasmado al poeta con sus insólitas fugas imaginativas. Un día le sorprende con la lectura de los fragmentos de un drama "Roberto Guiscard"; Wieland se entusiasma hasta escribir so-



Asistentes al acto literario musical organizado en la Escuela Militar en honor del Almirante Latorre

bre Kleist un juicio elogioso hasta la exageración: "Si los espíritus de Squilo—dice—de Sófocles y de Shakespeare se reunieran para componer una tragedia, esta tragedia se parecería á "Roberto Guiscard" de Enrique de Kleist, suponiendo que lo menos el conjunto respondiera á los fragmentos que me ha leído". Semejante triunfo distó mucho aún del éxito soñado; la vida que lleva es pobre, casi miserable; los empleos que ha obtenido no ha logrado conservarlos durante mucho tiempo. Su humor cada día se torna más y más insoportable. Como buen romántico, demasiado ingenuo, vive de ensañaciones, sin alcanzar á penetrarse del sentido amargo de la realidad. Y es que Kleist supo ser siempre más poeta que hombre: sólo así se comprenden esos tres últimos años de su vida, tristes, claudicantes y dolorosos hasta la desesperación. En París había conocido á Carolina Gunderode, espíritu delicado y sensitivo. Largas horas vivió junto á ella acariciando ambos el dulce sueño de la muerte. Poco tiempo después Carolina se arrojó al Rhin, víctima de un desengaño amoroso. Fué este un golpe horrible para Kleist que abrió en su corazón una herida enorme, dura y helada como una boca sin vida.

Pobre y abatido más que nunca, viviendo miserablemente, Enrique de Kleist logró encontrar un alma hermana de la suya solamente en el verano de 1811. Visitaba á menudo el hogar de un funcionario berlinés que le presentara su amigo Adam Muller. Allí conoció á Enriqueta Adolffina Vogel, esposa de aquel santo barón, mujer artista, de espíritu refinado y alma nostálgica de ideal. Kleist amaba la música con delirio; Enriqueta tenía una voz encantadora y tocaba el piano con rara maestría. Nació entonces entre ambos un afecto silencioso, triste y escéptico.



Asistentes á la fiesta organizada en honor del señor Balcells

En el silencio comunicativo de los minutos de confidencias sus almas gemelas se penetraban y se comprendían. Enriqueta llegó á amarle apasionadamente; el poeta y ella se buscaban en las horas tranquilas, atraídos por la extraña comunión de sus dos espíritus afines. Kleist la poseyó un día y fué solamente después de aquel instante cuando Enriqueta Vogel soñó junto á él en el suicidio. Ella deseaba el consuelo de la muerte con ansias no contenidas: el tormento de un cancer muy avanzado que le roía el pecho como una hidra, amargaba sus horas y la indujo á despreciar la vida. Hacia ella llegó el poeta como el Destino, callado y triste. En cierta ocasión propicia Enriqueta le arrancó á Kleist una formal promesa para que la auxiliara en un trance difícil. Hastiada de soportar durante más tiempo su calvario deseaba suicidarse. ¿Se prestaría á ser su amante y su verdugo? Lo que ambos acordaron en tal minuto lúgubre no admite suposiciones. Los hechos se encargan de confirmar el epílogo de la historia. Se amaron locamente, más allá de todos los convencionalismos de la vida, hasta que el 20 de Noviembre de 1811 partieron á Berlín en dirección á Postdam. En una pequeña posada de los alrededores del lago Wann soñaron esa última noche de idilio y muy de mañana sólo las aguas del lago fueron testigo del trágico fin de esas vidas. Enrique de Kleist, cumpliendo su promesa de honor, le partió el corazón de un pistoletazo y junto al cadáver de la mujer amada se atravesó en seguida el cráneo. El primer labriego que acudió al ruido de los disparos dió fe de haber presenciado á ambos corriendo alegremente entre los árboles un momento antes ¿Se podía despedir con mayor tranquilidad á la vida? Así puso fin el destino á ese idilio de Otoño. Kleist encarna el alma de la Alemania romántica. En Rousseau y Goethe aprendió á despreciar la vida.

La obra de Enrique de Kleist respondió en todas circunstancias á sus estados de ánimo vacilantes. A partir con su comedia "El cántaro roto", compuesta en un instante de su vida en que la fortuna parecía sonreírle, su labor se inclina hacia un idealismo romántico que poco á poco se acentuará con intenciones amargas hasta terminar en una dolorosa crisis sentimental. Todo contribuye en su juventud á amargar su obra: el estado porque atraviesa Alemania después de las invasiones napoleónicas, las decepciones amorosas que ha sufrido, y la absoluta falta de comprensión que han encontrado en el público sus novelas cortas y sus dramas. Tanto "La familia de Schrockenstein", como "Pentesilea", hasta llegar al "Príncipe de Hombourg" son escasamente leídos y juzgados. Las novelitas cortas "La mendiga de Locarno" y "El terremoto de Chile" apenas si son pasto de lectores curiosos. Kleist recibe de Goethe y de Koerner saludos de aliento y juicios cariñosos; pero esto sólo no basta: el poeta aguarda que la gloria le sonría, la gloria enorme de los Schiller, de los Lessing ó de los Wieland.

Sin embargo, el pequeño éxito que no lograron conquistar ni "Catalina de Heilbronn" ni "La batalla de Hermann" le alcanzó á sonreír debilmente á su novela "Miguel Kohlhaas", actualmente olvidada entre los propios alemanes. Hoy se clasificaría este librito delicado, con pequeñas salvedades, entre las novelas psicológico-sentimentales, como "Los dolores del joven Werther", "Adolfo" ó el "Obermann". Kleist realizó en ella un intento vigoroso de novela romántica con ciertas vistas patrióticas de simpático alcance. Miguel Kohlhaas es un traficante en caballos que, forzado por las iniquidades de una injusticia, se torna en vengador de los espoliados por el despotismo de la autoridad de cierto señor feudal. Es un her-

mano de los bandidos de Schiller, como ellos noble generoso y romántico, desfaceador de entuertos y vengador de honras. Se pensara de un Quijote más consciente de su deber y de sus venganzas. Tras largas peripecias, propias del caudillaje, Miguel sube al cadalso, deshonorado, víctima de sus propias ilusiones utópicas.

Mejor que en los dramas es en esta novela donde se adivina todo el vigor del temperamento de Kleist. Si en su obra "Pentesilea" encarna un aspecto pasional más acentuado y en "La batalla de Hermann" apunta su nacionalismo viril hasta llegar á ser, como advertía Saint Rene Taillandier «su grito de guerra contra Napoleón», en "Miguel Kohlhaas" ha vaciado todas las irregularidades anormales de su temperamento. Miguel es el Kleist romántico y patriota que olvidado de sus primeros arranques anti-militaristas convulga con una causa de salvación de raza. Además, merece recordarse esta novela por su estilo puro, diáfano y preciso, vibrante de colorido y de emoción. Kleist fué en ella un precursor de muchos románticos como lo fueron también el gran desconocido Luis Tieck y el místico Wackenroder ó el nunca bien ponderado Novalis, autor de esa joya primorosa que se llama "Heinrich von Ofterdingen".

El teatro de Kleist es violento, desarreglado y sobretodo friamente intelectual. A pesar de la belleza y elegancia sencilla de sus versos el ambiente lírico no es sostenido y regular. Acaso la sequedad del discípulo de Kant vuelve á reaparecer aquí. Los personajes son, ante todo, imaginativos; se destacan en la escena con vigor extraordinario; tienen los rasgos de caracteres definitivos. Kleist poseía en alto grado esa potencia creadora de los Shakespeare, de los Goethe y de los Tirso de Molina; más, le eran extraños el método y el conocimiento acabado de los resortes escénicos á pesar de su enorme cultura. ¿Quienquiera que haya leído sus mejores dramas olvidará acaso esa Catalina admirable ó el príncipe de Hombourg? Sin embargo, los héroes de sus obras viven y sienten en un mundo de ensueño y de fantasía. Los diálogos son poemas ó tiradas líricas. He aquí, pues, las razones por las cuales este teatro fué considerado en su tiempo como revolucionario y negativo. Cerca de la clásica corrección de las comedias de Lessing los dramas de Kleist representaban la anarquía y el desarreglo. En la actualidad hay escritores alemanes en quienes la influencia del poeta romántico se advierte fácilmente, así sea en Gerardo Hauptmann ó en Ricardo Voss.

En la historia del romanticismo alemán el nombre de Enrique de Kleist ocupa un lugar bien alto junto á los Koerner y á los Chamisso. Fué un temperamento apasionado, un sensitivo exaltado, á quien la sed de amor y de gloria atormentó despiadadamente. Werther político le ha llamado uno de sus admiradores; talvez será más acertado decir de él que fué un Werther humano hasta la tortura de lo imposible, que soñó en la estrella desconocida de una forma ideal que no llegó nunca. En su espíritu parecía haberse posado el ala de Ariel, bañando su frente de celeste ensueño. Hoy, una centuria después de su trágica muerte, apreciamos su obra en total, á través de las corrientes del romanticismo de fines de los siglos XVIII y XIX que atormentaron la literatura alemana. Kleist encarnó todos los defectos y todas las sublimaciones de su medio y de su época. Vivió torturado por el ideal, enfermo de ensueño y de desesperanza. Su obra es su vida: con todos sus arranques y con todo ese su cerebralismo anormal que le arrastraron hasta la terrible locura de un doble suicidio sentimental

ARMANDO DONOSO.